

DIANA BOCAREJO SUESCÚN

*Tipologías y topologías indígenas en el multiculturalismo colombiano*

Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia / Pontificia Universidad Javeriana / Universidad del Rosario, 2015, 276 páginas

En “Tipologías y topologías indígenas en el multiculturalismo colombiano”, Diana Bocarejo busca determinar qué efectos políticos tienen y cómo se forman y cuestionan las articulaciones entre tipologías y topologías indígenas, o articulaciones espaciales de indianidad, categorías que entiende como la combinación de dos conceptos: el de *formaciones de indianidad* o “conjunto de prácticas e imaginarios que construyen históricamente quién es un sujeto indígena” (p. 25) –y que define citando a Rita Laura Segato (2007) y Claudia Briones (2005)–; y el de *articulación*, de Stuart Hall, que muestra las relaciones históricamente contingentes, en este caso, entre sujetos y lugares, que son y pueden ser desestabilizadas. Usa, además, una noción específica de multiculturalismo, entendido como arreglo político para organizar la diversidad y proteger ciertos sujetos, definidos como minorías, sin que la diversidad constituya una realidad implícita o el arreglo refiera a un discurso de contenido programático. De allí que reconozca la necesidad de problematizar su aplicación en Colombia, evitando miradas estatistas de la política, al considerar la heterogeneidad de actores, incluyendo los mismos indígenas, que definen las articulaciones de indianidad en distintos contextos. Así, Bocarejo pretende examinar

cómo se construyen prácticas y discursos que vinculan lo indígena tanto con la pertenencia a cierto tipo de lugares, en contextos específicos, como con los efectos de dichas construcciones.

La autora estudia cinco escenarios en donde se sedimentan y cuestionan dichas articulaciones. Aborda los dos primeros con el examen de archivos y los últimos tres mediante etnografía. En primer lugar, estudia los registros de la Asamblea Nacional Constituyente y señala que las articulaciones de indianidad fueron definidas por el interés de resaltar la pluralidad del país en diferentes ámbitos –sexual, regional, religioso, político y étnico–, en cuyo marco se definió a los grupos étnicos como “otros culturales”, beneficiarios de derechos multiculturales, sobre la base de un “excepcionalismo espacial” según el cual cada cultura tiene un territorio que circunscribe sus derechos. Luego estudia las sentencias de la Corte Constitucional donde encuentra sedimentaciones de las articulaciones espaciales, como en la noción de “hábitat indígena” que asume la protección de los indígenas como la protección de la Naturaleza. Documenta además intentos por desarticular sujetos y lugares indígenas, como gradaciones que hacen depender la garantía de sus derechos de estadios de indianidad o “aculturación”, y estudia

ampliaciones del ámbito espacial de tales derechos cuando se usan nociones extensas, como “territorio ancestral” o “espacio histórico”.

Inicia el análisis etnográfico con el caso de la Sierra Nevada de Santa Marta. Para ello, en primer lugar, describe el camino de los protagonistas del proceso de ampliación territorial indígena mediante la compra de tierras a campesinos, y luego analiza los testimonios de estos últimos que dan cuenta de su pretensión de escapar de la marginación y la violencia paramilitar; y enseguida aborda los cuestionamientos sobre la primacía de lo indígena en las políticas ambientales aplicadas en la región. En este caso se evidencia que las articulaciones espaciales de indianidad producen una diferencia antagónica entre territorios indígenas y campesinos, pues los primeros son vistos como repositorios ambientales y los segundos como espacios de desarrollo rural, situación que divide y silencia posibilidades de diálogo entre unos y otros.

También en la Sierra Nevada la obra documenta la creación de “guetos cristianos” en los resguardos indígenas arhuacos. Se detiene así en las disputas por la posibilidad de ser indígena y evangélico, en las que intervino, sin éxito, la Corte Constitucional, prohibiendo la práctica pública de dichas iglesias en el resguardo. Sin embargo, aunque las autoridades tradicionales las clausuraron y excluyeron a los evangélicos, se siguieron construyendo templos, uno de los cuales fue destruido por el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Por su lado, los evangélicos intentaron intervenir en la organización de la educación en el resguardo y reclamaron igualdad. Así surgieron imaginarios antagónicos entre indígenas evangélicos y no evangélicos. Esta experiencia muestra que no hay una articulación única entre ser indígena y habitar un lugar, lo que Bocarejo reafirma, al desvelar una de las propuestas de los indígenas evangélicos: un nuevo resguardo indígena cristiano.

Finalmente, para Bogotá, Bocarejo examina los intentos de desarticular la idea según la cual ser indígena es habitar un resguardo rural, y lo hace a la luz de la experiencia de los cabildos indígenas urbanos, de los cuales el Ministerio del Interior en 2005 reconoció cinco, incluyendo a indígenas kichwa, ambiká-pijao e ingano, que no alegaban presencia ancestral en la ciudad, por provenir de otros territorios. Bocarejo resalta que este reconocimiento se dio en una coyuntura específica en la que coincidieron: Ati Quigua, como Concejal de Bogotá; su madre Luz Helena Izquierdo, desde la Dirección de Asuntos Indígenas; un alcalde de su mismo partido, Luis Eduardo Garzón, miembro del Polo Democrático; y múltiples aliados que ayudaron a situar las reivindicaciones indígenas urbanas de mayor visibilidad, como el acceso diferencial a salud, educación y protección social. El estudio incluso señala que algunos indígenas urbanos reclamaban lugares propios, como un centro comercial y barrios indígenas, así como un “uso diferencial del espacio público” (pp. 232-233).

Este libro hace aportes metodológicos sustanciales. Entre ellos, tenemos una muestra de cómo se pueden mezclar el estudio de archivo y la etnografía para desentrañar objetos de estudio tan complejos como las articulaciones, categoría que quiere captar la inmensa heterogeneidad de relaciones entre actores, proyectos, prácticas y discursos, que, de forma dispersa y contingente, moldean realidades globales, nacionales y locales. Se trata de relaciones que pueden parecer estables en algunos contextos y diluidas en otros, dependiendo de las fuerzas e historias que intervienen, y que exigen descentrarse de la descripción de comunidades aisladas, del historicismo y de la eficacia instrumental de políticas públicas. Bocarejo ofrece un *collage* entrelazado de escenarios en los que estas realidades dispersas se conectan y desconectan, dependiendo de las especificidades de cada escenario.

Tres de los aportes sustanciales del libro son: identificar consecuencias indeseadas del multiculturalismo colombiano, describir los mecanismos que las producen y desvelar la heterogeneidad indígena. Entre las consecuencias indeseadas pueden verse los conflictos entre campesinos e indígenas y entre indígenas evangélicos y autoridades tradicionales, en la Sierra Nevada. Entre los mecanismos que permiten la emergencia de dichos conflictos, se constata que ellos pasan por las políticas multiculturales y las representaciones que sedimentan las articulaciones espaciales de indianidad, en nociones como hábitat

indígena, isomorfismo espacial, gradaciones de indianidad o la conceptualización de la cultura como lista de atributos. Y, por último, rescata la heterogeneidad indígena, al presentar diferentes maneras en las que son imaginados los sujetos y lugares indígenas, como los resguardos evangélicos o los indígenas urbanos.

Ahora bien, el libro de Bocarejo también tiene sus limitaciones, que pueden ser vistas como invitaciones a profundizar y ampliar los alcances de dicha investigación. En primer lugar, es necesario hacer distinciones a la hora de caracterizar las articulaciones: ¿se trata de vínculos entre imaginarios?, ¿intervienen prácticas no discursivas en construcción?, ¿cuáles? Mermar la indeterminación de la categoría ayudaría a desentrañar mayores detalles sobre las relaciones estudiadas. En segundo lugar, no hay precisión a la hora de exponer sus conclusiones, ya que utiliza muchas categorías diferentes, como “implicaciones/consecuencias políticas” (pp. 25, 128), “traducción legal” (p. 128) o “consecuencias jurídicas” (p. 129). Esto complica metodológicamente la investigación, ya que no es claro qué se entiende por “político” o por “jurídico” ni el procedimiento que se utiliza para llegar a este tipo de conclusiones.

Bocarejo aporta a un creciente campo de discusiones centradas en la sospecha acerca del multiculturalismo. Con ello contribuye significativamente al debate sobre las consecuencias de las políticas multiculturales en Colombia, en particular, con la crítica a las intervenciones esencialistas que

espacializan la diversidad étnica y cultural. De allí que discuta con posiciones que se han vuelto convencionales en Colombia, como los reclamos por una autonomía radical en cabeza de las poblaciones indígenas o el exceso de confianza en el Estado de Derecho para resolver los conflictos fruto de la diferencia cultural. La autora se sitúa en este debate del lado de autores que transitan entre los estudios culturales (como Stuart Hall y Lawrence Grossberg), la antropología posestructuralista (como Eduardo Restrepo, Michel-Rolph Trouillot, Rita Laura Segato y Claudia Briones), junto con otros encuadres teóricos que descreen de los imaginarios que exotizan y radicalizan la otredad. Es un libro que puede

servir a todos los actores y proyectos académicos y políticos que intervienen en la organización de la diversidad cultural en Colombia. Convencionalmente, esto involucra a antropólogos y activistas de las causas indígenas; sin embargo, el libro puede servir de referente en las agendas de operadores y académicos jurídicos (trátese de funcionarios, de magistrados o de investigadores), de los políticos profesionales y de los mismos sujetos étnicos y campesinos. Este texto les será útil para problematizar sus propias intervenciones políticas y para evitar consecuencias indeseadas de políticas bien intencionadas.

SIBELYS MEJÍA RODRÍGUEZ

*Pontificia Universidad Javeriana*